

José Rafael Hernández



Elegía Epistolar

(Cartas a poetas
memorables)



REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

2012

Primera edición: Junio de 2012

Título: Elegía epistolar

Autor: José Rafael Hernández Santana

Depósito Legal: GC 306-2012

ISBN: 978-84-615-8762- 9

Registro General de la Propiedad Intelectual: 00/2012/1401

Diseño portada: El autor.

Impreso y maquetado por:

PRINT EXPRESS

C/ General Más de Gaminde, 34

35006 Las Palmas de G.C.

Tlfn.: 928 29 07 13

José Rafael Hernández

Elegía Epistolar

(Cartas a poetas memorables)

REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
2012

*El poeta no tiene que escribir su biografía.
Dispone de alguien que le realiza el trabajo.
El más fiel de los biógrafos: la poesía.*

El autor

ORDEN DE EPÍSTOLAS

Alfonsina Storni	13
Antonio Machado	19
Miguel Hernández	25
Juan Ramón Jiménez	31
Federico García Lorca	37
León Felipe	41
Alonso Quesada	47
Domingo Rivero	51
Charles Baudelaire	55
Li Po	59
Walt Whitman	63
Juana de Ibarborou	67
Saulo Torón	71
Pär Lagervisk	75
Pedro García Cabrera	79
José Martí	85
Don Quijote	89
Tomás Morales	93

RESEÑA BIO-BIBLIOGRÁFICA

José Rafael Hernández Santana nace en Las Palmas de Gran Canaria el 18 de Marzo de 1940. Es abogado en ejercicio, y desde la adolescencia comienzan sus colaboraciones en prensa.

Obra poética publicada. Lírica: “Desde la sombra”, 1963; “Despertar”, 1964; “Canto Esencial 1”, 1968; “Canto Esencial 2 (Nunca las manos del hombre)”, 1970; “Canto Esencial 3 (Inédita palabra)”, 1971; “Tarja”, canto aborigen canario publicado por el Ayuntamiento de Las Palmas (1976); “Y yo escogí la palabra”, editado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País y con prólogo de la que fuera Académica de la Lengua, Carmen Conde (1982); “Poema a la soledad del pueblo saharauí” (2010); “Se me olvidó tu voz” editado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria (2012).

Sátiras: “Poemario del Halcón” publicado por el Ateneo de Salamanca, en la editorial Cultura y Paz, presentado por el Rector de la Universidad Pontificia de Salamanca Alfonso Ortega Carmona y con prólogo de la poeta salmantina Josefina Verde (1986); “Sátiras Ultraperiféricas” presentado en la Casa de las Conchas de Salamanca por el profesor de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca Antonio Sánchez Zamarreño (2007); “Manifiesto de los Cuatro Reyes de la Baraja” (2010): “Sati- rimundi”, página de Internet, que sobrepasa las dieciséis mil visitas.

Lleva desde hace años el espacio semanal “Sati- rimundi” de la Televisión Independiente de Canarias, dedicado no sólo a la sátira, sino a la poesía en general.

Las tres últimas décadas sus sátiras han aparecido en los periódicos “Diario de Las Palmas”, “La Provincia”, “La Tribuna”, “El Mundo - La Gaceta de Canarias” y “El Independiente de Canarias”.

En el libro “Y yo escogí la palabra”, editado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria en el año 1982, figura un poema que es esencia del espíritu de lucha que subyace en la obra de José Rafael, y que reproducimos en la contraportada del presente libro.

PRÓLOGO

Cuentan que de niño José Rafael frecuentaba la casa que en Ciudad Jardín tenía el poeta Juan Sosa Suárez, donde en aquella época se reunían los isleños amantes de la poesía de la isla, y cuesta trabajo creer que el ambiente de aquella tertulia despertara a tan temprana edad la sensibilidad artística que guardaba dentro de sí, en su alma, José Rafael. Pero la prueba es irrefutable porque aquel niño sorprendió a todo el mundo, comenzando sus apariciones en prensa a los 14 años en el diario Guiniguada, y dos años después publicando un breve ensayo sobre la realidad titulado “La verdad empañada” en el diario “La Región” de Orense. En poesía vió por primera vez la luz el poemario “Desde la Sombra”. Le siguieron “Despertar”, “Los tres Cantos Esenciales”, “Canto esencial I”, “Canto esencial II (Nunca las manos del hombre)” y “Canto esencial III (Inédita palabra)”.

Posteriormente, el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, con motivo del 498 aniversario de la fundación de la ciudad publicó “Tarja” (Señal para recuerdos), canto aborigen canario prologado por el catedrático de la Universidad de La Laguna Sebastián de la Nuez, y que constituye un vibrante rosario de palabras guanches, en cuyo conjunto aborda las raíces del archipiélago, poniendo una nota de nostalgia a un pasado que forma parte de nuestra realidad más entrañable.

A todo esto, el poeta se había licenciado en Derecho e integrado como Letrado ejerciente al Colegio de Abogados de Las Palmas, abriendo su bufete en el barrio de Las Alcaravaneras, y desde entonces su vida transcurrió entre el ejercicio de la profesión y la incon-

tenida pasión por la poesía, prueba de ello es que en esa época fundó y dirigió la página literaria “Atlántida”, del desaparecido diario “El Eco de Canarias”, donde manifestaron sus inquietudes poéticas y literarias muchas jóvenes promesas de la época.

En el año 1982, en tiempos del Director Nicolás Díaz-Saavedra de Morales, la Real Sociedad Económica de Amigos del País le publicó el libro “...Y yo escogí la palabra”, ilustrado con bellos dibujos de Felo Monzón. Reseñar que “Y yo escogí la palabra” fué prologado por la poeta y académica Carmen Conde, que se desplazó a Gran Canaria para presentar la obra en esta sociedad, mujer que hizo historia al ser la primera en entrar en la Real Academia Española de la Lengua. De dicho libro entresaco el siguiente poema: *“El poeta es una herida con los bordes siempre abiertos./” Es una herida incurable./ El poeta es una herida que nunca la cierra el tiempo”*./ Este bello poema anuncia que por la herida mana y seguirá manando poesía y que podemos esperar más todavía de la capacidad creativa de José Rafael.

De destacar asimismo otra rama, la sátira, que también fluye en la pluma del poeta. En la misma nos encontramos con “Poemario del Halcón”, editado por el Ateneo de Salamanca, en su colección “ Cultura y Paz”, con prólogo de la poeta Josefina Verde, así como también “Sátiras Ultraperiféricas”, con adenda de Antonio Sánchez Zamarreño, poeta y profesor de Filología Hispánica de la Universidad de Salamanca. Decir que en esa vertiente satírica tiene José Rafael una página en Internet, cuyas visitas se cuentan a millares, de Canarias, Península, Iberoamérica y ese emporio del idioma español que son los Estados Unidos.

Este “Elegía Epistolar”, con inercia lírica para romper fronteras, constituye un sentido compendio de epístolas dirigidas a figuras de la poesía universal, entre las que se incluyen las voces notables de cuatro poetas canarios, epístolas que en definitiva presentan por su contenido y por la personalidad de sus destinatarios, una emotiva imagen de la intemporalidad de la poesía.

Tomás Van de Walle Sotomayor
Marqués de Guisla Ghiselin
Director de la Real Sociedad
Económica de Amigos del País de
Gran Canaria,
2012.



Alfonsina Storni
1892 - 1938

Alfonsina:

Arrojaré esta carta al Atlántico, cuando la termine. Y no habrá olas que la devuelvan a la orilla. Ni corriente que la arrastre. Ni yodo ni sal que la borre. Ni pez hambriento que se trague mis palabras. Estoy escribiéndola frente al mar. Ese mar que cantaste, y que has recorrido caminando sobre las aguas. Vagando por los fondos verdes y cenagosos. Ascendiendo hasta las cimas submarinas. O bajando a los suelos abisales y quietos, donde has visto encenderse fulgurante la vida en los ojos de los peces. ¿Te acuerdas, amiga, el primer día que llegaste a sus orillas con tu vestido de barro humano, con tu ropaje de tierra apasionada? El mar lo fue limpiando todo con su lengua azul y transparente... hasta dejarte completamente desnuda.

Tu voz no sólo habita en al soledad del océano, sino también junto a la tierra. Yo, a veces, la he escuchado susurrante, imperceptible.

*Quisiera esta tarde divina de Octubre
pasear por la orilla lejana del mar.
Que la arena de oro y las aguas verdes,*

y los cielos puros me vean pasar.

Cuando tus versos se han perdido acallados por el rumor batiente de las olas, me he quedado silencioso en la arena, esperando su regreso. Y los he oído volver palpitantes, lejanos, hasta perderse y sumergirse de nuevo en el agua y el olvido.

¿Quién dice, Alfonsina, que los ahogados callan definitivamente? ¿Acaso sus voces apagadas y débiles no se integran en la voz infinita del mar, con sus palabras tiernas, o sus roncos gemidos en las horas de tormenta?

Un día me dijeron que un niño se ahogó, sin que el mar lo hubiese devuelto. Ese día estuve pensando en ti vagamente. Te imaginaba entonando una canción con aquel niño en brazos o meciéndole amorosamente en una cuna incrustada de caracoles marinos.

¿Qué quieres que te diga de la tierra, Alfonsina? Sigue igual de áspera y seca, con el mismo sabor a desengaño. Hay días grises como aquellos que viviste a veces en Buenos Aires. Días sin consuelo. Pero también hay otros - ¿por qué no?- en los que la esperanza se abre como una flor en el agua...

Existe en tu obra un amor inmenso, desbordante, que no se centra tan sólo en los límites humanamente pobres de aquél hombre que fuera motivo de tanta desdicha en tu vida. De ahí que incluso en alguna ocasión

soñarás ser aire, para mejor entregarte a la humanidad, para acariciar y besar a cualquier ser: viajero o caminante.

*Si en los ojos te besan esta noche, viajero,
si estremece las ramas un dulce suspirar,
si te oprime los dedos una mano pequeña
que te toma y te deja, que te logra y se va.
Si no ves esa mano, ni esa boca que te besa,
si es el aire quien teje la ilusión de besar.
Oh, viajero, que tienes como el cielo los ojos,
en el viento fundida, ¿me reconocerás?*

Ahora, en cambio, que eres hija del mar, has dejado de ser viento. Y te has hecho brisa que acaricia la piel sufrida de los pescadores, o labios de espuma que besan las bocas solitarias e insaciables de los navegantes. Leyendo algunos de tus poemas da la impresión de que ya antes de nacer estabas sumergida en el océano. Como si tu madre, Alfonsina, hubiera tenido antes de alumbrarte olas y peces y algas contigo en el vientre.

*En el fondo del mar
hay una casa
de cristal.*

*Un gran pez de oro
a las cinco,
me viene a saludar.*

... Quizá por eso un día volviste al mar. Y no te arrojaste a él desde un muelle. Ni de una roca. Ni de lo alto de un acantilado. Entraste despacio en el agua. Con la mirada serena. Simplemente caminando... Como aquel que regresa confiado a su hogar.

Hay dos versiones de la muerte de Alfonsina Storni. Una dice se arrojó al mar desde una escollera. Otra, que puso fin a su vida adentrándose lentamente en aguas del mar de la Plata.



Antonio Machado
1875 - 1939

Antonio:

¿Tu alma de poeta será amarilla como el trigo?
¿Habrá florecido en los olmos y los negros encinares?
¿Tendrá el color de la sierra blanca y fría? ¿Y mis palabras?
¿Se perderán inútilmente entre el viento que agita los trigales?
¿Quedarán sepultadas bajo los silencios hondos de la meseta?
¿Se hundirán acaso en las aguas del Duero o en la blancura de la sierra helada? No. Ellas llegarán hoy a Castilla para dialogar contigo, como un día fueron al fondo del mar para encontrarse con Alfonsina Storni.

¿Quieres saber algo de mí? ¿De este desconocido que te escribe? Poco es lo que puedo decirte. En mi voz traigo sólo rumor de olas y aliento de brisas. En las manos un ramo de flores azules crecidas bajo el mar, y que ya se estarán secando sobre tu tumba, bajo el cielo implacable de Colliure.

Estoy escribiendo en esas horas de la tarde que tanto amaste. Cuando el día languidece. Cuando los campesinos vuelven cansados de la tierra. Y el maestro de la escuela. Y cada hombre de su trabajo. Cuando el pueblo no está despierto ni dormido... Tiempo de meditación. Y también propicio para el ensueño.

*Yo voy soñando caminos
de la tarde, ¡las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!
¿A dónde el camino irá?*

*La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.*

Sí, la estoy viendo morir en estos instantes, Antonio, pero no en la soledad de la tierra como tú, sino ante el mar, que se me antoja una meseta azul y desolada. Ya empiezan a perfilarse las primeras sombras. Los primeros jinetes del crepúsculo. Las veo venir sobre la arena. Brincar sobre las rocas. Y perderse en su frenética carrera a las tinieblas. Hasta que sólo me queda en los oídos el galope lejano de las olas, herraduras de espuma cabalgando la noche...

Si las tardes de mi vida se abren así frente al océano, con las tuyas no ocurre lo mismo. Sobre la sierra. Sobre el Duero. Sobre la meseta, se van desplomando grises y místicas, aunque de vez en cuando hay algunas luminosas, encendidas, como aquellas de Soria junto a Leonor.

Tu poesía es desnuda. Ausente de colores. In-

mensa como la meseta. A veces oscura y desgarrada en los calvijares. Distante sobre los picos de la sierra. O profundamente esperanzadora en el verde otoñal del olmo solitario.

*Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;
antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.*

No quiero acabar esta carta, Antonio, sin traerte a mi tierra. Por eso invoco tu espíritu aquí, frente al mar, para llevarte por sus orillas. Y mostrarte las playas. Y la pureza del cielo. Y este paisaje a la vez suave y atormentado. Contigo vendrá la meseta castellana. Y el Moncayo. Y los picos de la sierra. Y el alma de Leonor que vaga siempre junto a la tuya. La meseta se acostará en el Atlántico. El Moncayo contemplará entusiasmado el Teide. Los encinares y pinos y robles y

chopos castellanos verán las gerias, escondidas, ocultas tras muros circulares de piedra volcánica. Y pensarán con razón que esas vides atrincheradas son vegetales soldados que se defienden del viento y de la muerte. El Duero se quedará dormido sobre los cauces abiertos por la lava. Los picos lejanos de la sierra mirarán con asombro las humeantes montañas de fuego. Y Leonor, cogida de tu mano, pasará dulcemente por la orilla del mar.

Antonio Machado falleció en el exilio, en Colliure, Francia, en cuyo cementerio reposan sus restos mortales.



Miguel Hernández
1910 - 1942

Hoy, al escribirte, Miguel, mi voz quizá se ha vuelto algo áspera, reflejo de tu amargura.

Lo primero que asalta mi mente es el día que bajaste a la ciudad. Cuando dejaste tu humilde trabajo de pastor y decidiste apacentar sueños. Entonces los versos te siguieron sumisos como ovejas. Los llevaste por los campos de Orihuela. Sendas puras y encendidas. En las noches heladas los abrigaste en el aprisco de tu corazón ardiente. Recorriste con ellos caminos interminables que llevaban a abrevaderos limpios y pastizales eternos. Eran palabras puras, con olor a campo. Hortelanos, flores, naranjas, yerbas, huertos, barbechos, limones, almendros. Y bajo toda esta naturaleza, la tierra sustentando raíces y emociones.

*Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino.*

No podías encontrar mejor definición. Concepto más auténtico y humilde. Barro silencioso hollado por los pies de los campesinos, las plantas de los animales o las ruedas chirriantes de las carretas...

*Por una senda van los hortelanos
que es la sagrada hora del regreso,
con la sangre injuriada por el peso
de inviernos, primaveras y veranos.
Vienen de los esfuerzos sobrehumanos,
y van a la canción, y van al beso,
y van dejando por el aire impreso
un olor de herramientas y de manos.*

Hay gotas de sudor campesino. Y cuajarones de sangre combativa. Y trozos de metal incrustados en tus versos. Más no sólo luchas con la vida. Te sobran fuerzas incluso para combatir la muerte. Así, por ejemplo, ante la imagen del amigo desaparecido, tu acento no es de resignación ante lo irremediable, sino un angustioso grito de dolorosa rebeldía.

*Quiero escarbar la tierra con los dientes
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.*

*Quiero mirar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.*

Pero Ramón Sitjé – por más que escarbaste la tierra, Miguel – no regresó, porque los muertos nunca vuelven. Tan sólo esperan.

En tu obra salpicada por tanto dolor y tanta sangre, descuellan notas de sublime ternura, sobre todo en el momento crepuscular de la existencia, cuando preso recibes aquella carta de tu mujer en la que te habla del pobre sustento cotidiano. ¡Qué honda pena debiste sentir en la soledad de tu encierro! Lejos de la familia, y sabiéndola cercada por esa fiera, alimaña implacable, que es el hambre. Impotente, sin poder hacer nada por ellos. Y sin embargo, el eco de aquella terrible circunstancia no fue en ti un grito lacerado, sino la hermosa nana dedicada al hijo, cuya imagen tiernamente evocada fue como un súbito resplandor que rasgó la penumbra de tu celda.

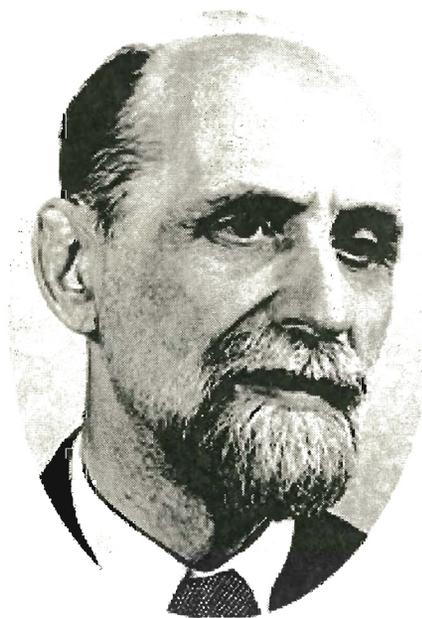
*En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba*

*Alondra de mi casa
ríete mucho.
Es tu risa en tus ojos
la luz del mundo.
Ríete tanto
que mi alma al oírte
bata el espacio.*

De la cárcel de Alicante, sonde escribiste esos versos conmovedores al hijo, saliste un amanecer gris del año 1.942.

Ese día, sin pastor, desoladas,
rumiaban dolores y angustias
las cabras y las ovejas.
Por los campos de Orihuela,
leche cuajada de pena.
Por los campos de Orihuela,
rebaños de la tristeza.

Miguel Hernández, fallecido en la cárcel de Alicante
víctima de la guerra civil.



Juan Ramón Jiménez
1881 - 1958

Juan Ramón y Platero:

Esta carta la remitiré al cielo de Moguer, donde estáis vosotros, inseparables amigos. Quizá no os acordéis de mí. Porque yo era sólo una sombra del pueblo. Una sombra que a veces me recostaba en la cuadra. Sobre las altas yerbas del jardín. O bajo la espesa floresta de la acacia en las tardes plenas de sol de Andalucía.

Recuerdo la hermosa infancia de Platero. Sus ojos de burro niño inocentes. Abiertos como dos grandes interrogantes ante los misterios de la vida. Sus enormes orejas enhiestas, erguidas cual centinelas dispuestos a sembrar la alarma. Y también me viene a la memoria, Juan Ramón, tu voz sencilla, matizada de granas y oros y malvas, sonando como un misterio sobre la blancura del pueblo.

Platero, ¿verdad que la vida de Juan Ramón fué más pura en Moguer que en ningún otro sitio? ¿No es cierto eso, Platero? ¿Verdad que sobre tus lomos humildes, y recorriendo la tierra y el cielo moguerenos, la paz inundó el alma del poeta? Lluvias de rosas, ocasos, amaneceres, huertos de silencios donde brotaron flores silenciosas. Caminos que discurrían libres. Trazados caprichosamente. Caminos que surgían frescos como la

costumbre, nacidos bajo las plantas de los animales y los hombres. Y ni el lamento de una fábrica. Ni el humo de una industria. Ni el ruido de un motor. Tan sólo la más pura y noble de las energías: la sangre y el sudor.

Juan Ramón, Platero, ¿os acordáis de los enjambres de niños pobres del pueblo? ¿Y de los gitanillos? ¿Y del niño tonto? ¿Y de Don José el cura? ¿Y de la niña tísica? ¿Y de la perra Diana y el perro Lobato? Ellos eran la vida de Moguer, el tema de vuestras conversaciones. Yo los conocía a todos, muchas veces, yendo con vosotros, los vi. La cara bondadosa del médico Darbon. El rostro afilado de la niña tísica. La piel herrumbrosa de los gitanillos. Los ojos asustados y hambrientos de los niños pobres. Ellos no advertían mi presencia, les ocurría exactamente lo mismo que a vosotros. Porque yo era tan solo una sombra que trepaba con las enredaderas, que ascendía hasta las copas de los árboles, o que me deslizaba silenciosamente por los caminos y las empedradas calles del pueblo. A veces, me asaltaba el deseo de hablarte, Juan Ramón, o decirte algo al oído, Platero. Pero nunca pude. Porque las sombras (aunque ven y oyen y sienten) no pueden expresarse. En alguna ocasión sentí el deseo irreprimible de llorar, como por ejemplo, cuando el cazador asesino disparó contra el perro hambriento y olvidado, que no había hecho mal a nadie. Vosotros estabais allí presenciando aquel cuadro atormentado, estáticos, mudos. Yo maldije en ese

entonces ser sombra. Quise tener voz como tu. Juan Ramón, para gritar mi furia, o tener patas como tú, Platero, para propinar una tremenda coz al mal nacido. Perdonad, amigos, si me he alterado algo al recordar la penosa escena. Pero aún tengo clavados en el alma los ojos del perro moribundo. Vosotros volvisteis la vista enseguida, regresasteis pesarosos al pueblo. Platero iba trotando ligero, amedrentado, y tú, Juan Ramón, con la cabeza hundida, cabizbajo. Yo me quedé con el pobre animal, queriendo pronunciar una palabra imposible y consoladora en sus orejas caídas, hasta que por fin murió. ¡Ya no le espantaría más la gente! ¡Ni le gruñirían sus hermanos de raza! ¡Ni tampoco volverían los niños a apedrearle!

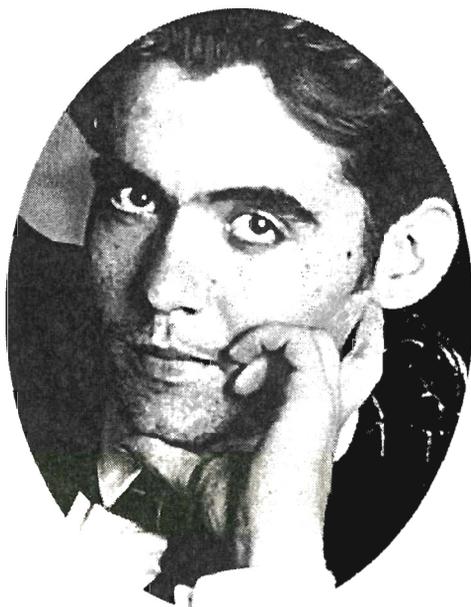
A medida que os fui conociendo en aquellas blancas soledades moguereñas, me percaté de que Platero se hizo por ti, Juan Ramón, dulzón y tierno. Y podría decir que hasta un velo de melancolía teñía de vez en cuando los ojos del borriquillo. Era como si le hubieras traspasado tu infinita ternura de poeta. Cuando contemplabas un paisaje, y te extasiabas mirándolo, a él le ocurría lo mismo. Tanto es así, que tenías que sacarlo de su ensimismamiento, dándole un leve golpe en el costado, diciéndole: -Vamos, amigo... Sigue.

Platero, recuerdo el día de tu muerte. Yacías con el vientre hinchado. Tendido en el suelo. Mi sombra también estaba en la cuadra, en un rincón, contemplan-

do los ojos de Juan Ramón anegados en llanto, y los tuyos fijos no en un campo de Moguer, ni en una aurora, ni en un ocaso, sino en un país de dulces eternidades...

Si es cierto, Platero, que aprendiste bastantes cosas de Juan Ramón, no lo es menos que en otras fuiste su maestro. Le enseñaste mucho. La sencillez. La humildad. La paciencia. Porque tenemos que aprender algo de todos. Hasta de los borricos como tú, Platero.

Juan Ramón Jiménez falleció en el exilio, y sus restos mortales fueron trasladados a España, donde reposan en el cementerio de Moguer.



Federico García Lorca
1898 - 1936

No sé dónde caíste, Federico, sobre qué tierra, frente a qué muro, si escuchabas en ese instante el llanto de los árboles afligidos, la pena invisible del viento o la tristeza azulada de la tarde. Me dijeron que las guitarras huérfanas lloraron ese día, que el silencio de las dehesas fue más profundo que nunca y que un candil apenado iluminó tus pasos, al ver que la noche se te había echado encima para siempre. Después emprendiste el largo viaje. Dejaste Granada, con su alegría blanca de sol, colgando limpia en los tendederos. Los claveles, las macetas, las rejas de Sevilla, los patios cordobeses, los sueños curvados arábigos, arco iris de piedra brillando bajo el sol. Dejaste a los pobres, a los gitanos, con su piel aceitunada en las ramas de los olivos. A los señoritos, galopando por campos infinitos, con las brillantes espuelas clavadas en los flancos de la tarde. Pero atrás quedaron tus palabras. Entre la hierba del campo. En las rejas del arado. En las cestas repletas de aceitunas. Por las estrechas calles andaluzas. En las copas de los chopos que con su voz alegraron los juegos de tu infancia.

En las orillas del Guadalquivir te he buscado, Federico, en las aguas remansadas y claras en cuyos fondos guardan los gitanos abalorios lejanos y collares de ensueño.

*El río Guadalquivir
va entre naranjos y olivos.
Los dos ríos de Granada
van de la nieve al trigo.*

¿Estarás ahora en el río, Federico? Me parece sentir tu voz en el agua, tu voz de alegría nueva y de llantos viejos, acariciando olvidadas orillas, desnudando la madrugada.

Versos llenos de colorido, palabras desangradas por navajas y cuchillos. Imágenes en que estallan los colores. Sueños blancos de pueblos andaluces. Pena negra de Soledad Montoya. Pena que mata en silencio, Federico. Que se nos va hundiendo en el alma sin que nos demos cuenta, hasta que un día –cadáveres de tristeza– somos los muertos más tristes de la tierra.

Sigo en el río, Federico, fiel a su cauce, es como si sus aguas empujaran mis palabras, como si en cualquier recodo se fuera a producir nuestro encuentro. Y así llegué a Córdoba, la ciudad que tanto amaste.

Córdoba, lejana y sola.

Por Córdoba, Federico, ha vagado también mi alma. Por Córdoba, en los silencios profundos de la mezquita. En la oración olvidada de los almohaicines. En las viejas

piedras de Medinaceli. Por Córdoba, en el Cristo de las Luces. En las cadenas de los penitentes, arrastrándose como un gemido por las calles. Por Córdoba, en las velas y los cirios, en los candelabros y velones, iluminando con su luz cansada tu perfil lejano.

Vuelvo a Granada, Federico, al campo de amapolas en que te abatieron. En ese instante las guitarras rasgaban los crespones de la noche. El “cante jondo”, más profundo que nunca, se tornó silencio, y la muerte transformada en “bailaora”, zapateó tu carne desgarrada, retumbó en tus huesos. Mas los verdugos no lograron su propósito, poeta, fue vano el intento: aún no han descubierto el arma que acribille los poemas, que silencie los versos.



León Felipe
1884 - 1968

León Felipe:

Tengo un libro tuyo en las manos. Entre sus hojas guardo una vieja rama de romero: tu árbol amado y predilecto. Lo conservo de mis tiempos de estudiante. Alguien -no recuerdo quién- me lo regaló. Hoy ocupa en mi casa el rincón destinado a mis poetas admirados: Miguel Hernández, Antonio Machado, Lorca, Alfonsina Storni, Juan Ramón Jiménez y tantos otros. A algunos les he escrito cartas como ésta que te envío. Por encima de la muerte que a todos nos une y nos separa, espero que algún día me contesten. La carta de Alonso Quesada vendrá de la tierra; la de Alfonsina Storni, del mar; la tuya, León, arrastrada por el viento, ese viento al que cantas emocionado y que arrastra el polen fecundo de la vida.

Yo comparto tu criterio. Creo en el viento sobre todas las cosas, porque es él quien desenmascara la podredumbre, la farsa, la mentira.

A algún poeta que conozco le hablaría de ti, del viento, de esa frase tuya en la que dices: “las antologías son siempre una suerte de prestidigitación ... Escamoteos y preferencias ... Un juego artesano y temporal ... Juglaría selecta ... TRAMPAS”. Le diría que los premios,

los amigos académicos, las relaciones poéticas, que todo eso lo destruye el viento.

Sí, estoy de acuerdo contigo, León Felipe. Lo mejor es escribir, cuando el viento nos lo manda. Callar, cuando nos lo ordena. Por eso entrego hoy al viento mi carta. El, que te conoce bien, que sabe tu paradero, te la entregará donde quiera que te encuentres.

No hace mucho tiempo estuve hablando con un exiliado que había vuelto de Méjico. En su voz emocionada surgió tu nombre y el de tantos otros españoles ilustres que llevaron allí la más grande de las riquezas: el talento. En universidades aztecas, en bibliotecas, en centros de investigación, dejaron estos compatriotas contigo la huella imborrable de su humanidad, hoy continuada por sus hijos, ramas del árbol del exilio que forman parte de la primavera cultural mejicana, jóvenes que hoy pasan con orgullo frente al monumento que te ha erigido Méjico en el bosque de Chapultepec, desde donde contemplas ensimismado el museo antropológico.

De mis tiempos estudiantiles en la ciudad canaria de La Laguna, aquellos en los que me regalaron tu libro, conservo el recuerdo de sus históricas calles de piedra silenciosa, que en más de una ocasión recorrí acompañado de tus versos.

*Ser en la vida romero,
romero sólo que cruza siempre por caminos nuevos.*

*Ser en la vida romero,
sin más oficio, sin otro nombre y sin pueblo.*

Pronto me percaté de tu amor por lo humilde. Descubrí, León, contigo, que las almas, entre más grandes, más aman las cosas pequeñas. Testigo de ese amor es el bello poema que dedicas a la piedra ...

*Así es mi vida,
piedra,
como tú. Como tú,
piedra pequeña,
como tú,
piedra ligera,
como tú,
canto que ruedas
por las calzadas
y por las veredas.*

Una tarde de noviembre se me acercó tu alma. Llegaste a mi casa, viajero infatigable, y nos sentamos frente al fuego en que se consume todo cuanto existe. El viento, tu fiel amigo, golpeaba puertas y ventanas. A una indicación tuya le abrí, y se sentó a nuestro lado pensativo. Luego me hablaste de los años infantiles de Sequeros, de Salamanca, de la juventud, de Va-

lladolid, de Palencia, de todo el misterio de la meseta castellana en que resonó imborrable la voz de Antonio. Después, entre llantos y gritos, recordaste la guerra, un mar de sangre por donde tu alma navegó al exilio. En ese momento recuerdo que el viento, que hasta entonces había estado silencioso a nuestro lado, se levantó en un iracundo torbellino. Quería partir, alejarse. Abrí la puerta y salió como una exhalación, silbando furioso. Pero no se fue solo. Tú te fuiste con él. El poeta y el viento juntos. El verso y el aire unidos como dos amigos errantes por los caminos insondables de la noche ...

Fallecido en el exilio, León Felipe recibió sepultura en la ciudad de Méjico.



Alonso Quesada
1885- 1925

Alonso:

Una tarde lejana vi pasar a mi lado a tu viejo amigo Saulo. Por momentos quise saludarle. Decirle algo. No obstante, opté por callar. El poeta iba absorto, por los caminos interiores que nunca se cansó de recorrer. El era el único que quedaba de vosotros. Con una dimensión espiritual tan grande como la tuya o la de Tomás. Nadie reconocía en aquél viejecito solitario el gran poeta que habitaba en su interior. Solo la hora de la muerte sería la de reconocimiento a su callada labor. Viéndolo, me acordé de tí, y nada más llegar a mi casa, pasé a escribirte estas líneas dictadas con prisa y emoción.

Si Tomás es inmenso y sonoro como el mar, tú en cambio eres un poeta de tierra adentro. Sencillo y sublime. Erizado de silencios profundos, viejos pobladores de nuestro suelo y nuestras cumbres. Y así surge la temática de las hermanas, la casa humilde, el pueblo, la paz honda del campo... Todo lo pequeño y a la vez grandioso que emana de la tierra.

*¡Bendita la pobreza de mi casa!
Hoy la comida ha sido más humilde...
Mi madre ha sonreído tristemente*

pero había una paz en su mirada.

¡Qué sosegada voz! ¡Qué contenido tu canto! No tiembla ni siquiera una queja en tus labios. Comienzas el poema, bendiciendo la pobreza con esa plegaria conmovedora que es tu poesía. Y sigues bendiciendo la orfandad, las privaciones, cuanto otros maldecirían.

De vez en cuando llegas al mar con tu canción, lo tocas –inevitable contacto para un poeta isleño-, pero enseguida vuelves, retrocedes, adentrándote en casas y pueblos, deteniéndote a veces ante un cementerio, como en el poema a Luis Millares o el dedicado a Erika.

*¿Quién será esta mujer de veinte años
que han enterrado en este oscuro nicho
y cuyo nombre no sabremos nunca
de qué patria será y quién lo ha escrito?*

La pregunta queda vagamente flotando. Quizá, cuando traspasaste los umbrales de la muerte, allí entre las eternas brumas, estaba Erika esperándote, para responder cada uno de los interrogantes de tu poema. Y también para agradecerte tan hermosa oración para su olvido.

Te imagino en la vieja oficina del Puerto rodeado de libros de contabilidad, asediado de números y operaciones aritméticas, silenciosamente entregado a un

trabajo que no amabas.

*Estos cuarenta ingleses esta noche se juntan
para hacer un balance porque termina el año.
Y el más viejo de todos, el tenedor primero
-¡jaranero divino!- a mi entrada alzó el vaso
y con una postura de orador de Hyde-Park
grita: -¡Brindo, señores por el amigo Byron!-
Los demás se sonríen -una burla británica-
Yo sigo a mi pupitre y empiezo mi trabajo...*

Aquí se ve la misma resignación que en el poema en que haces referencia a la penuria del hogar paterno, y si entonces bendecías las estrecheces, ahora ante la mercantil incomprensión de aquellos ingleses, te limitas a encogerte de hombros, no sin antes rociarlos con una leve llovizna de ironía.

Todo esto es lo que descubro en ti, Alonso, en esta hora de nuestro epistolar encuentro. Ternura, ingenuidad, ironía, y, sobre todo, una profunda resignación ante una vida áspera y seca, como nuestro paisaje, pero no por eso menos hermosa.



Domingo Rivero
1852 - 1929

¿Qué es del Secretario? ¿Vas taciturno camino de la Audiencia? ¿Vistes la toga por los fríos pasillos de los Juzgados? ¿Archivas legajos oscuros y leyes caducas? ¿Firmas sentencias donde se recogen por resultandos las miserias humanas?

¿Y el poeta, Domingo, qué es del poeta? ¿Qué caminos andas? ¿Qué sendas de luz recorres? ¿En qué surcos de amor te has hecho semilla? ¿Estás en la mirada triste de los campesinos? ¿Flotan tus palabras en las alas madrugadoras de las gaviotas? ¿Vagas sin rumbo por las entrañables calles de Vegueta? ¿Habrán anidado por fin tus sueños con las palomas de la catedral, o en las viejas piedras de la torre de San Agustín?

Me imagino, Domingo, que en más de una ocasión, cruzando las calles empedradas de Vegueta, te encontraste con Agustina Romero, apodada “La Perejila”, o con Roque Morera, poetas ambos de tradición oral, caracterizados por su ingenio y repentización, unidos de modo indisoluble al espíritu de esa histórica zona de la ciudad de Las Palmas.

Estoy escribiéndote en la alcoba, cerca del lecho está una silla igual a la que cantaste emocionado. Pero la mía es una silla fría, sin alma. No como la tuya, que to-

das las noches aguardaba impaciente tu ropa desgastada por los sueños.

*Silla de junto al lecho que la figura adquieres
de mis cansados hombros al sostener mi traje;
sostén de mi fatiga paréceme que eres;
tú me hablas en silencio, yo entiendo tu lenguaje.*

Domingo, ¿dónde se encontrará esa silla? ¿Estará intacta? ¿Se habrá quemado en la hoguera del tiempo? ¿Habrá caído herida de muerte por la carcoma? ¿Estará olvidada en un cuarto de trastos, acaso recordando las noches lejanas en que se emocionaba a tu contacto?

De todos tus poemas, amigo, subyuga por su belleza el titulado “Yo, a mi cuerpo”, uno de los sonetos más bellos y sorprendentes de la poesía española, pero escrito aquí en las islas, por un canario, con la carga de olvido y soledad que supone esta palabra.

*¿Por qué no te de he de amar, cuerpo en que vivo?
¿Por qué con humildad no he de quererte,
si en ti fui niño y joven y en ti arribo
viejo, a las tristes playas de la muerte?*

*Tu pecho ha sollozado compasivo
por mí, en los rudos golpes de mi suerte;
ha jadeado con mi sed y altivo*

con mi ambición latió cuando era fuerte.

*Y hoy te rindes al fin, pobre materia,
extenuada de angustia y de miseria.
¿Por qué no te he de amar? ¿Qué seré el día*

*que tú dejes de ser? ¡Profundo arcano!
Sólo sé que en tus hombros hice mía
mi cruz, mi parte en el dolor humano.*

No maldices tus entrañas. Al contrario que otros, no consideras el cuerpo como un pesado lastre. Lo ves como lo que es. Como nuestro compañero inseparable. En la soledad. En el amor. En el sufrimiento. En la propia muerte deshaciéndose con nuestros sueños ...



Baudelaire
1821- 1867

¿Quién se queja? ¿De quién son esos lamentos? Dicen que son tuyos, Baudelaire. Que es tu voz, flor desgarrada en el jardín de la noche. Que es tu canto, herida abierta en la piel del mundo. ¿Quién blasfema? ¿La prostituta cuyos senos recoge de la calle el vagabundo? ¿Acaso el borracho tambaleante que se aferra para no caer a la cintura de la noche? O eres tú, poeta maldito, haciendo tuyo el dolor de la ciudad, la pena de la muchedumbre, la angustia de las multitudes. Cuando París llora, tú estás en sus lágrimas. Cuando París sufre, es tu voz la que se estremece. Cuando París se agita, son tus versos los que se conmueven. Estoy seguro, poeta, que ahora estás caminando por las orillas del Sena, vagando por los campos Elíseos compartiendo horas de luz y soledad en alguna buhardilla del viejo Monmartre, o buscando en la piel desnuda de una mujer puñales conque acuchillar el silencio. Tal vez me equivoco y tus ansias están encaramadas a la torre Eiffel, o puede que bajo el Arco del Triunfo por el que tantos sueños de sangre y gloria han pasado.

En la noche te imagino por los viejos tejados parisinos, brillando en los ojos de los gatos, arrastrándote furtivo por los aleros de la madrugada. Cuántas veces

tus versos como una mano dulce pasaron por el lomo de los felinos. Cuántas saltaron con ellos entre ruinas y casas olvidadas, maullando el amor y la soledad.

*Ven, bello gato, ven,
amansa mis enojos,
hunde en mi tus ojos
mezcla de metal y de ágata.*

Los gatos, extraños animales, solitarios y egoístas, amantes del silencio y de la sombra, contradictorios, deslizándose suave por tu vida, o clavando sus uñas con fiereza en la madrugada.

A veces, Baudelaire, se nos pierden como los sueños, es como si se los hubiese tragado la noche, pero de repente aparecen por cualquier rincón olvidado, trayendo una dulzura de vagabundos en su mirada.

Se da la circunstancia que Charles Baudelaire yace junto a su odiado padrastro, el general Aupik, en una tumba del histórico cementerio parisino de Montparnasse, donde están enterrados, entre otras celebridades, Samuel Becket, Simon de Beauvoir, Julio Cortázar, César Vallejo y Jean Paul Sartre. El nombre del barrio de Montparnasse, donde está situado el camposanto, hace alusión a las musas del Parnaso, ya que en dicho lugar se reunían los estudiantes en el siglo XVII para recitar poesía.



Li Po
701-762

Pescadores chinos navegan río abajo. Las proas de los sampanes chapotean sobre el río, cortando suavemente el limo que se asoma a la piel con la palidez de la tarde. Las miradas oblicuas se pierden por el horizonte. En las orillas los sueños se doblan como las cañas de bambú, melancólicos, flexibles. Si alguien los derriba, si alguien los violenta, si alguien los tuerce, los sueños, Li Po, vuelven a erguirse. Ni la soledad. Ni el odio. Ni el fracaso. Nada hay que los venza.

Aquí debiste venir muchas tardes, cimbreando con tus palabras las cañas, aspirando la flor lejana de los melocotoneros, navegando por las orillas del río, en cuyas aguas tus versos se abrían como flores de loto.

Otras veces, subiste a las montañas que tanto amaste, como el monte Tong. Las montañas, Li Po. ¿Qué son las montañas? ¿Un accidente geográfico más? No, las montañas son el refugio en que hacen su nido la luz y las águilas, los viejos sueños de la tierra que se levanta, que se yergue, para acariciar con sus manos pensamientos y nubes.

*¡Cuánto amo el monte Tong!. Es mi alegría
Pasaría en él cien años sin pensar en la vuelta.*

*Me gustaría danzar agitando mis mangas
y, de una sola vez, rozar todas las copas de los pinos.*

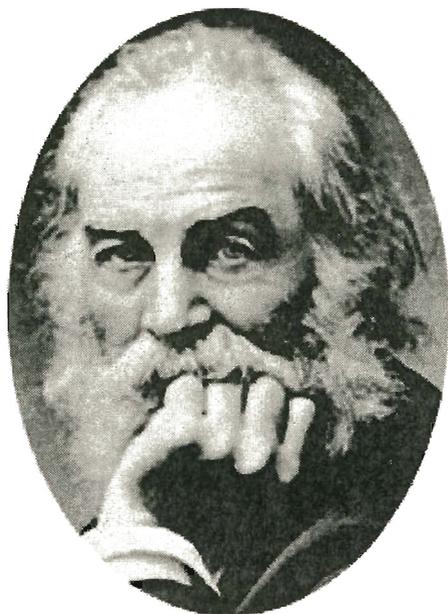
Hablando de la tierra, en muchas ocasiones tuviste que ver las mujeres pariendo en los arrozales. Las mujeres parían gimiendo. La tierra en silencio. De la tierra surgían campos infinitos de arroz. De las mujeres este pueblo de China fecundo como los arrozales, fuerte como el bambú, ardiente como las viejas lenguas de los dragones.

Algún día, poeta, quisiera visitar tu patria. Recorrer en silencio las murallas, las llanuras, ascender a las alturas del Himalaya y desde allí contemplar la inmensidad de tu pueblo, los misteriosos templos, pagodas en las que se escucha la milenaria oración de las piedras, altares en que budas sonrientes contemplan multitudes con su enigmática mirada.

Vuelvo al principio de mi carta, Li Po, al río donde estaban los pescadores. Junto a las cañas de bambú, sobre las velas recias de los sampanes, sopla el viento de la tarde. También tus poemas resuenan en el río. Al parecer estaban dormidos junto a las raíces de las plantas acuáticas.

*Ni el agua que transcurre torna a su manantial,
ni la flor desprendida de su tallo
vuelve jamás al árbol que la dejó caer.*

Hermosos versos, Li Po. Profundos. Conmovedores. Escuchándolos me he dejado también arrastrar, me he dejado llevar contigo por la corriente del viejo río amarillo de los sueños ...



Walt Whitman
1819- 1892

Walt:

Nada de cuanto existe se sustrajo a tus canciones. En los cauces anchos de tus versos caben los ríos, los mares, el agua subterránea, toda la sangre joven y fresca de América. Árboles, montañas, bosques, mesetas, pueblos, ciudades, todo lo fuiste poseyendo. Entraste en las casas, en los hogares, no quedó un sitio en que no penetraras. Todo fuiste atrayéndolo, haciéndolo tuyo. Nada, nada escapa a la sublime posesión. Las cosas más insignificantes, los animales más humildes, los insectos revoloteando siempre en la luz de tu mirada. Pocos han llegado a poseer la tierra de ese modo, con tal intensidad, con el presente entre los brazos, besando entusiasmado el ahora, acariciando el instante gozoso, para seguir luego hacia cualquier parte.

Me asombra, Walt Whitman, tu fe en la posesión. Oigo en tus versos el estruendo del universo. En tí se estremece desde lo más grande a lo más pequeño. Por tu voz veo correr gacelas, leopardos, saltar tigres, caminar ejércitos de hacendosas hormigas o desfilar húmedos y lentos caracoles. Estás en todas partes. En las montañas, en las llanuras, en las selvas, en el desierto, en la barca abandonada flotando a la deriva. En la soledad del ca-

minante. En la piel desnuda de los surcos. En las noches y los amaneceres de América. Todo lo hiciste tuyo, Walt. La tierra entera se sintió poseída en cada una de tus palabras.

Lo que más me maravilla, poeta, es la alegría de tu posesión, instintiva, pura, indómita, sobre Brooklyn, Suffolk, Queens, Nueva York, o a veces en las suaves colinas de West Hills.

Tu voz rebosando optimismo, Walt, no es otra que la del pueblo joven al que perteneces, que como un adolescente canta contigo.

*Yo soy Walt Whitman...
Un cosmos. ¡Miradme!
El hijo de Manhattan.*

Cuando estás poseyendo algo, parece tuyo desde siempre, da la impresión de que nunca lo perderás, como si nada ni nadie pudiera arrebatártelo. Estoy seguro, Walt, que incluso en tu lecho de parálítico en Nueva Orleans, con la muerte a la cabecera de tu cama, seguiste negándola, recitando aquellos versos inolvidables:

*La hojita más pequeña de hierba,
nos enseña que la muerte no existe.*

... Y sé que después de muerto, aún sigues negán-

dola. Negándola en la luz de cada amanecer, de cada nueva planta, en cada voz que, como la tuya, proclame la fe inalterable en el esplendor de la vida.



Juana de Ibarbourou
1892-1979

Juana:

Te he estado buscando en la arboleda de la infancia, en los viejos árboles de Melo, en cuyos gruesos troncos empezaste a esconderte de la vida, entre las ramas frondosas por las que treparon tus sueños de adolescente, en las altas copas a donde subieron tus palabras para así escuchar mejor el viento.

Antes acariciabas los árboles, les mostrabas la primavera de la poesía. Los árboles también te hablaban, sus palabras se abrían como flores en tu alma. Sabías de la alegría del pino, de la melancolía del sauce, de la soledad del ciprés, de la pasión de la yedra. Conocías sus emociones. Hacías tuyo el frescor de la lluvia por las ramas, la alegría de la luz contra las hojas, el perfume del sándalo en la noche.

En tu poesía, Juana, el campo lo invade todo. Por eso, en tus palabras florecen bosques de ensueño, pinares lejanos, altas yerbas donde pasta el silencio, paz del agua remansada en el alma. A veces te haces raíz y absorbes los viejos sueños de la tierra. Otras eres hoja, y buscas entonces luz imperecedera. Todo es naturaleza, fluidez, vida. Tus poemas son campesinos que siembran de palabras la madrugada. Apenas te refieres a la ciudad

en la que se asfixia la luz, en la que se asesina el aire, en la que se amortaja la paz. Tu mundo está ahí, en la engañosa quietud de los árboles, que viajan silenciosos con sus ramas por los caminos del aire.

Estoy seguro, Juana, que ahora estás con ellos. Que por las tardes paseas cogida de la mano de los sauces, estrechando la cintura de los juncos, o abrazada a la pasión de la enredadera. Que por las noches dialogas con las raíces y escuchas sus húmedas palabras recostada en la turba y el silencio.

Estoy ebría de tarde, de viento y primavera.

¿No sientes en mis trenzas olor a trigo ondeante?

¿No me hallas hoy flexible como una enredadera?

Los árboles del mundo te conocen, Juana. No hay ninguno que no sepa tu nombre. Los que crecen en la selva y el desierto. Los árboles de la nieve y la arena. Los árboles del agua y de la sed. Los árboles de la esperanza y del espanto. Incluso los hermosos árboles nórdicos cubren tu nombre con su blancura. También te recuerdan –como no– los árboles melancólicos de las ciudades. Para ellos tú representas el campo, el aire limpio, tardes y amaneceres puros. Por eso algunas veces cierran sus cansados ojos y sueñan, se ven crecer libres en la sierra, en el monte o junto a un pueblo, hasta que de repente despiertan heridos por los sonidos de claxones y sirenas.

Entonces vuelven a su natural congoja, atados por raíces a paseos, bulevares, avenidas. Y se lamentan, pero nadie los escucha, ahogados por multitudes, cegados por anuncios luminosos de mentiras publicitarias, que lo mismo anuncian un producto malo que un escritor mediocre. Sé que hablándote de ellos te he hecho sufrir, perdona. Pero no podía olvidarlos. Son los árboles más infelices del mundo. Los árboles tristes de las ciudades, con sus rostros manchados de humo, con sus manos siempre ennegrecidas.

No obstante, Juana, tengo que decirte que recientemente visité una ciudad en la que los árboles no estaban aprisionados entre rejas de humo y muros de chapa. Eran los árboles de La Habana. Yo los sentí reír en parques, en avenidas, en plazas. Los vi creciendo limpios, hacia el cielo del trópico. Cantar a coro contigo en las madrugadas y los atardeceres de Cuba.



Saulo Torón
1885-1974

Poeta:

En una epístola a tu amigo Alonso Quesada, le hablaba de ti. Le decía que te había visto pasar por una calle de nuestra ciudad. Andando con tu clásico paso lento. Ensimismado. Con la mirada perdida, como siempre, en íntimas lejanías.

Hoy, tú eres el destinatario de mi carta. Reclinado bajo la sombra de la eternidad estarás leyéndola, y tal vez a tu lado estén también los amigos inseparables, Tomás y Alonso, acaso preguntándote quien te ha escrito.

De vez en cuando, Saulo, es bello seguir la voz de un poeta. Ella, el más hermoso de los guías, nos lleva por caminos insondables. Cada verso, cada poema, nos va descubriendo misteriosos horizontes. En ocasiones, nos lleva al pasado y es la infancia la que surge, con su pureza lejana. Otras, nos hace saltar barreras infranqueables, trasladándonos a un tiempo misteriosamente no vivido. Paisajes que habíamos olvidado, árboles muertos, vuelven a ponerse en pié. Flores marchitas lucen de nuevo su esplendor. Sonrisas apagadas se esbozan otra vez, alegrando la sombra de un rostro perdido.

Así me ha ocurrido contigo, Saulo. Esta tarde, leyendo tus versos, se han abierto mis ojos a la esperanza,

y las cosas más pequeñas, las más humildes, han adquirido de repente toda su noble dimensión. Juntos hemos recorrido las calles de Ciudad Jardín, Las Alcaravane-ras, hasta llegar a los caminos de arena y ensueño de la playa. Allí estaba el mar esperándote, él salió a nuestro encuentro emocionado. Tu voz, arrancada de la muerte, fue entonces la única luz en las orillas.

*¡Cómo te quiero, oh, mar, cómo te quiero!
Mi vida se refleja en tu llanura.
Oro y azul en el albor primero,
sombra y tristezas en la noche oscura.*

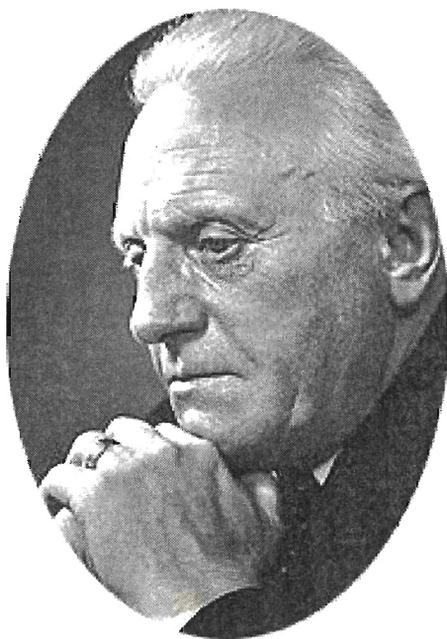
*Tu voz se unió con el primer latido
que dió mi corazón para quererte,
y acaso arrulle mi postrer gemido
cuando no pueda ya venir a verte.*

*Tú fecundaste el pensamiento mío
de augurios y esperanzas: tú el vacío
de mi vivir trocaste en claridades ...*

*Tú lograste infundirme nuevo aliento
siempre que en mi penoso abatimiento
bebí el secreto de tus soledades ...*

Yo, Saulo, viendo que el mar y tú tenfais que hablar de muchas cosas me alejé. Os dejé juntos en la orilla. En-

cuentro de poeta y mar. Beso de agua y canción. Abrazo
de verso y espuma.



Pär Lagerkvist
1891-1974

Pär Lagerkvist:

Algún día nos encontraremos. No por los desolados caminos de la duda. No junto al drama de Barrabás, debatiéndose en las sombras. Nuestro encuentro será en tu tierra. Allí me mostrarás la luz resbalando en la nieve. El misterio de la inmensa noche polar. Los profundos silencios árticos. Las ventanas de hielo por donde tu palabra profunda se asoma a la vida. Vagaremos juntos por los glaciares. Flotaremos a la deriva con los viejos icebergs. Sentiremos los primeros rayos del sol nórdico, derritiendo la soledad de lo vivido.

Irás llenando mis ojos de remotas claridades, abriendo con la proa de tus palabras, azuladas venas en la piel helada del océano. Serás mi guía por los desnudos caminos. Tus palabras, copos de nieve, palomas blancas posándose en mi espíritu, me mostrarán las cumbres heladas, las llanuras infinitas donde hermosos perros nórdicos tiran del trineo de los sueños. Después me llevarás a los bosques, a los jardines, a los parques. Pasearemos bajo los árboles escandinavos, a quienes un día el sol apasionado desnuda de sus blancas túnicas. Luego entraré contigo en el calor de los hogares, y allí, hermosas mujeres nórdicas, altas como abedules, con el pelo color

del trigo lejano, harán arder ante mis ojos atónitos la nieve. Ellas vinieron de lejos, Pär Lagervisk, son hijas de la aurora boreal, por eso traen tanta luz en la mirada y los cabellos. Son las madres de las ciudades blancas, de los pueblos silenciosos, de los viejos bosques nórdicos que a veces descubro en su mirada.

Pär Lagervisk, te conocí como poeta hace tiempo. Alguien, una vieja amiga, me mostró un día tu palabra breve. Sentí entonces una extraña emoción, inexplicable, porque esa también en definitiva era mi senda, el dar al caminante no un bosque de metáforas o imágenes, sino sólo un árbol a cuya sombra pueda soñar. Con ello, no quiero negar a los poetas que desbordan cataratas con sus versos, que hacen correr caudalosos ríos por sus poemas. Ellos tienen en su admirable voz la vieja fuerza de la tierra paridora, engendrando, multiplicándose, con la fuerza inusitada de una selva. Tú, en cambio, Pär Lagervisk, vas por el camino no menos admirable del misterio y la profundidad, de la poesía desnuda, entregándose silenciosa cada día. A veces en una palabra tuya cabe la muerte con sus tristes dimensiones, o los sueños más lejanos, o lo inabarcable del infinito.

El sueño... El sueño es el hermano de la muerte.

*Permite que el abrazo de sus muertos brazos,
te mantenga totalmente a salvo y dormido.*

De todas las penas haces una sola, tienes el extraño poder de concentrar todo el llanto del mundo en una sola lágrima. Es como si tomaras la esencia de lo vivido, como si redujeras la noche a una sombra, como si toda la luz del mundo brillara en una sola de tus palabras.



Pedro García Cabrera
1905 - 1981

Pedro:

No hay poeta isleño que escape al encanto del mar, que no quede atrapado en sus redes azules. Y tú como tantos otros, caíste rendido ante su embrujo. El mar, tú lo sabes bien, poeta, es el viejo amante de las islas, las coge por la cintura, las abarca con brazos apasionados, rompe su lujuria azul contra los acantilados, o acaricia la arena tiernamente con suaves rumores de espuma rota.

El mar siempre te acompañó, poeta. Él estuvo contigo en la prisión de Tenerife, y también el día que te llevaron al campo de concentración del Sahara. Tú lo llevabas acunado en los ojos, mezclando sal de espuma y de lágrimas.

Mientras estuviste cautivo en aquellas tierras africanas conociste a los saharauis, pueblo que lleva décadas clamando por su libertad, que se encuentra aislado en su lucha, solo como las dunas en que se atrincheran los sueños, como las eternas soledades que rumian los camellos, como las sábanas de arena que sirven de sudario a sus muertos... Su soledad, Pedro, se parece a la soledad infinita del desierto.

Ya libre, llegaste a Dakar, partiendo de allí a Gra-

nada, donde te apresaron de nuevo. En la cárcel granadina volviste a compartir la soledad de tu celda con el mar, que seis años después, el día de tu liberación, gritó la palabra libertad por todas las orillas.

*Un día habrá una isla
que no sea silencio amordazado.*

Tres fueron los grandes temas de tu poética: amor, libertad y universalidad. Derribador de vallas, de alambradas, de muros, proclamaste tu fé ciega en un mundo abierto.

Tienes momentos conmovedores en los que te adentras en la intimidad del viejo hogar, plasmados en el poema titulado “Pesadilla”, donde describes amorosamente la casa en la que te criaste, cuya pureza fue un día aciago mancillada por la más implacable de las violencias.

*Una noche la puerta fue golpeada
pasos distintos a los nuestros
atropellaron su descanso
y rostros armados de centellas
violaron el pudor de sus entrañas.*

*Esa noche la casa
se quedó a la intemperie,
como si un vendaval hubiera roto las ventanas
y levantado el techo.*

*Y nunca más su corazón de fruta
volvió a ser el de antes*

*Cuando al día siguiente mi madre hizo la casa
sus brazos no podían barrer tanta tristeza.*

Igual que tu casa desolada se quedaron mucho hogares de España, como el de Miguel Hernández, consumido en una celda de la cárcel de Alicante por una guerra fratricida, pero tú, Pedro, al contrario que Miguel, tuviste la suerte de salir con vida, de reencontrarte con el mar isleño, para compartir tu sueño de amor y libertad con las olas.

Acabo mi epístola, Pedro, envolviéndola con el ancestral lenguaje de silbos que arrulló tu cuna en la isla de la Gomera, un idioma desnudo de vocales, de consonantes, de sílabas, con el que dialogan montañas, laderas, barrancos, desfiladeros, que tiene la misma fonética, musicalidad y transparencia del viento. De ahí que termine, ofrendándote unos versos, en los que figuran como protagonistas la lengua del silbo gomero, y tu voz irradiando humanidad desde las cumbres de ensueño de Tenerife.

Dos silbos
nacieron
en Canarias,
Pedro García
Cabrera,
el aborigen,
el autóctono
de tu isla natal
de la Gomera,
y el de tu voz
universal,
silbándole
al mundo
tus poemas.

Pedro García Cabrera vino siendo niño a Tenerife, y a la sombra del Teide se forjó como poeta. Decir que sobre el origen del lenguaje de silbos de la Gomera existe la teoría, entre otras, de que surgió de la necesidad de comunicación entre los primitivos habitantes de la isla, dado lo abrupto y escarpado del paisaje.



José Martí
1853 - 1895

Martí:

En breve haré un viaje a Cuba. Partiré de estas islas, de las que un día emigraron a América los sueños de tu madre. Visitaré La Habana de tu niñez, recorreré la patria de tus afanes libertarios e iré finalmente a Dos Ríos para ver florecer tu muerte en las rosas de la independencia.

José, ¿existirá aún aquella casa humilde de la calle de Paula donde naciste? ¿Aquel hogar sombrío y oscuro en que la luz de la revolución se hizo carne en el cuerpo de un niño? ¿Estará por allí tu padre con sus papeles de funcionario, y el alma canaria de tu madre, meciendo con un arrorró la cuna de la libertad?

¿Te acuerdas de tu infancia oscura, de la soledad de los primeros versos? ¿Recuerdas tu canto primero a la independencia, tu primer poema a la revolución? ¿Escuchas en tus oídos adolescentes la primera sentencia? ¿Oyes el crujir de eslabones y grilletes, encadenando tus sueños? ¿Aspiras la brisa de la isla de la prisión de Pinos, donde tantas veces hablaste de libertad con las gaviotas? ¿Conservas todavía en tus ojos el fuego tropical de Cuba, incendiando los atardeceres de tu destierro? ¿Sientes el mar del Caribe, arreciando en tu alma en las noches de-

soladas de Europa? ¿Escribes poemas en silencio en tu vieja oficina de Nueva York?

Tus versos, Martí, llevan un palpito de libertad en sus entrañas. Son como grandes sombras atravesadas por una misteriosa luz, como los negros caballos de la noche cabalgando el amanecer.

*La poesía es sagrada. Nadie
de otro la tome, sino de sí. Ni nadie
como a esclava infeliz que el llanto enjuga,
para acudir a su inclemente dueña,
la llame a voluntad; que vendrá entonces
pálida y sin amor, como una esclava.*

Sí, Martí, la poesía verdadera tiene que venir a nosotros con libertad. Se nos acerca, cuando no la llamamos. No hay forma de retenerla, imposible sujetarla. Se evade de los campos de trabajo. Se escapa de las prisiones. Compañera en el duro camino se hace vida con nuestra propia muerte. De ahí que exclames:

*Yo te quiero verso amigo
porque cuando siento el pecho
ya muy cansado y deshecho
parto la carga contigo.*

El poema es como una amor perenne con el que compartimos la soledad de lo vivido. Por eso aquella tarde en “Dos Ríos”, cuando la bala española atravesó tu pecho, la poesía puso ante tus ojos agonizantes el viejo sueño. Y estoy seguro que años después, ella también se estremeció con tus huesos en el sepulcro, al oír la descargas de fusilería y el voltear alegre de las campanas, cantando la independencia.



Don Quijote

Don Quijote:

A veces mi imagen como la tuya surge en las sombras. Cabalgo a lomos de Rocinante por caminos de ensueño. Jinete de la triste figura blando la lanza del verso y arremeto contra molinos de viento en los que se estrellan mis palabras.

Fue una noche cuando juré mis armas como poeta. En un rincón de una vieja casa me puse mi armadura de palabras. Allí estaba como testigo de excepción, invistiéndome caballero, el poeta Juan Sosa Suárez. Bajo el cielo estrellado escuché sus consejos, me habló de lo difícil que era la vida para los poetas andantes, de la incomprensión, de la incultura, de los inconvenientes que me saldrían al paso, de las palizas y pedradas que habrían de dejar baldado mi maltrecho espíritu, pero también pronunció palabras esperanzadoras a mi oído; me deslumbró con aventuras maravillosas, caminos luminosos que sólo pueden recorrer los caballeros andantes.

Yo le escuchaba entusiasmado. El me hablaba con esa voz a la vez sabia y emocionada de la experiencia. Recordaba caballeros de otro tiempo, historias de poetas que rompían sus lanzas desnudas frente al mar.

Después de aquella noche de mi investidura como

poeta, dí rienda suelta a mi imaginación, y vi reflejadas en el mar las viejas tierras de la Mancha. Molinos de viento azules que emergían del agua. Aspas de espuma girando en la noche. A veces, al escuchar el sordo rumor de las olas rompiendo contra las rocas, me imaginaba que era un ejército al que tenía que hacer frente, y armado de mis palabras, me lanzaba con fiereza a la lucha, hasta quedar rendido en la orilla. Otras me dedicaba a escribir versos y cartas a Dulcinea, emisarios de mi alma enamorada.

En determinados momentos sentía cómo se desvanecía en mí tu imagen, cómo desaparecía la lanza, como Rocinante se perdía cabalgando en la noche. Mi figura se achataba, en lugar de lanza llevaba alforjas, y en vez de cabalgar a Rocinante, era un jumento el que me servía de montura. Ya no eras tú Don Quijote el que hablaba en mi interior. La voz de Sancho resonaba en mi espíritu. Me decía que estaba cansado de tantos palos, pero que todo lo soportaba por la ínsula que le habías prometido.

No pasaba mucho tiempo sin que mi figura se alargara de nuevo, volviendo a adquirir tu noble y desgarbada estampa. Con la lanza de los sueños en ristre. De nuevo profeso caballero de la noche. Entonces me sentía feliz. Gozoso me lanzaba a nuevas aventuras. Arremetía contra lo acantilados. Atacaba otra vez con renovados ímpetus los molinos azules. Y escribía cartas como ésta

que te escribo a orillas del mar. No sé si al leerla, amigo, te decepcionarás. Pensarás –y estarás en lo cierto- que no puedo compararme contigo, porque tus hazañas, ni en prosa ni en verso, habrá caballero andante que las repita.



Tomás Morales
1884- 1921

Tomás:

Hoy, releendo tu obra, me he encontrado frente a un mar, silencioso y sonoro, superficial y profundo. Y he ido recorriendo contigo las orillas, asomado a la cubierta de los majestuosos barcos, o tambaleándome sobre los cascos olvidados de naves humildes. Así, hasta dialogar con tus hombres, con esos viejos marinos pobladores de la mar. Y me los he imaginado tal como los describiste, con la mirada perdida en el horizonte azul de cualquier día...

*Y en tanto humean sus pipas, contemplan las viajeras
naves, que hunden sus torsos de hierro en la bahía,
y relatan antiguas andanzas marineras
en las que, acaso, fueron los héroes un día.*

¡Como te adentras en el hombre! ¡Entre las jarcias y mástiles, se perfila bella y profunda la imagen del marino, que te hace gritar emocionado.

*¡Hombres de mar, yo os amo! Y, con el alma entera,
del muelle os gritaría al veros embarcar:
¡Dejadme ir con vosotros de grumete siquiera,
Yo, cual vosotros, quiero ser un lobo de mar!*

Sí, Tomás, tú no te has detenido solamente en el fragor del oleaje. Ni en la luz de la luna rielando sobre el mar. Ni en los murmullos del agua lamiendo los malecones. Ese era solamente el lírico camino para llegar hasta el hombre. Y has ido a buscarlo, no sólo en la soledad del océano, sino en los lentos atardeceres de las tabernas portuarias.

*La taberna del muelle tiene mis atracciones
en esta silenciosa hora crepuscular;
yo amo los juramentos de las conversaciones
y el humo de las pipas de los hombres del mar.*

*Es tarde de domingo: esta sencilla gente
la fiesta del descanso dominical celebra:
son viejos marineros que apuran lentamente,
pensativos y graves sus copas de ginebra.*

En ese decir tuyo, cuando hablas de los marineros pensativos y graves, me llega puro y fresco, con aliento de brisa, tu hondo sentir humano. Nadie como tú cantó el mar y sus hombres. Las mañanas oceánicas y luminosas, o la tristeza vaga y marinera de las tardes grises.

En el último aniversario de tu muerte, Tomás, escribí tres poemas, incluidos en mi libro “Se me olvidó tu voz”, que ahora entrego a las olas, para que los declamen, por-

que ellas, las olas, son los mejores rapsodas, gargantas azules y cuerdas de espuma, recitando tus versos memorables.

El día
que murió
Tomás,
en las orillas
gimieron
las olas,
pañideras
de los mares.

Manos azules
amortajaron
sus restos
mortales.

Con un sudario
de espuma
envolvieron
su cadáver.

Por la noche,
lo velaron
los pescadores

con luces
de petromanes.



Tu nombre
tiene aliento
de brisas,
y olor
a yodo
y a sal.
Tu nombre,
poeta del mar.

En tu nombre,
espejo de cielo,
en las noches
de luna, se mira
la soledad.
En tu nombre,
poeta del mar.

Tu nombre
lo cantan,
con voz de nácar
las caracolas,
lo balbucean
los niños

en la orilla,
y lo grita
el viejo
pescador
de Hemingway
en la hora
crepuscular.

En tu nombre
amanecen
las gaviotas.
En tu nombre,
poeta del mar.



Pregunté
a las olas
por el autor
del himno azul
de los mares.
Ellas me respondieron
a coro:
Tomás Morales...
Tomás Morales...

Pregunté
a los pescadores
quién les ofrendó
los más bellos cantares.
Ellos contestaron
al unísono:
Tomás Morales...
Tomás Morales...

Pregunté
a una caracola
por el poeta marino
más grande.
Puse el oído en ella,
y me susurró:
Tomás Morales...
Tomás Morales...

Pregunté
a las gaviotas,
quién hizo volar
más alto los versos
sobre arrecifes,
playas, puertos,

pantalanes,
y ellas dibujaron
en el aire tu nombre:
Tomás Morales...
Tomás Morales...

JUNTA DE GOBIERNO DE LA RSEAPG
Febrero 2012

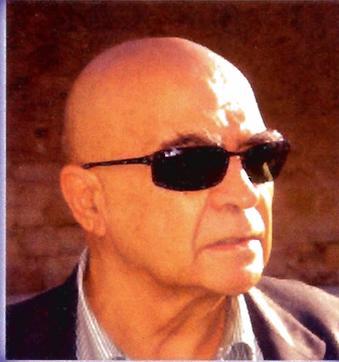
Director	Ilmo. Sr. D. Tomás Van de Walle Sotomayor Marqués de Guisla Ghiselin
Vicedirector	Sr. D. Gonzalo Melián García
Censor	Excmo. Sr. D. Francisco Reyes Reyes
Secretario	Ilmo. Sr. D. Juan José Laforet Hernández
Vicesecretario	Sr. D. José Díaz-Saavedra de Morales
Tesorero	Sr. D. Víctor Jordán González de Chaves
Contador	Sr. D. Vicente Castellano Caballero
Bibliotecario	Ilmo. Sr. D. Oscar Bergasa Perdomo
Vocal 1º	Excmo. Sr. D. Juan Andrés Melián García
Vocal 2º	Sr. D. Rafael Esparza Machín
Vocal 3º	Sr. D. Manuel Mora Lourido
Vocal 4º	Ilmo. Sr. D. Ignacio Díaz-Lezcano Sevillano
Vocal 5º	Sr. D. Pedro María Pinto y Sancristoval
Vocal 6º	Sra. D ^a : M ^a Bernarda Ana Aulet Marrero
Vocal 7º	Excmo. Sr. D. José Luis Gago Vaquero
Vocal 8º	Sr. D. Víctor Macías Alemán
Director de Honor	Excmo. Sr. D. Nicolás Díaz-Saavedra de Morales Ilmo. Sr. D. Francisco Marín Lloris Marqués de la Frontera

Instituciones que participan en las actividades de la RSEAPGC.



Empresas colaboradoras de la RSEAPGC.





Aparte de su creación lírica, reseñar la extensa obra satírica con la que cuenta José Rafael Hernández, con sus libros, publicaciones en prensa durante los últimos 30 años, y su página de sátiras en internet (Satirimundi), que cuenta con millares de visitas, y de la que es un claro anuncio el siguiente poema.

No faltaba ninguna.
Las fuí observando todas.
Desde la piedra paleolítica
hasta las más modernas armas.

Dios me dijo:
¿Qué quieres para tu lucha?
Y yo escogí la palabra...

(Del libro “Y yo escogí la palabra”, del mismo autor, también editado por la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Gran Canaria).